

EUFEMIO ROMERO.



Los Ojos y el Corazón.

I

A lo largo de la afamada calle de Plateros, en la bullanguera y festiva México, rodaba suave y tan blandamente cuanto lo permitía el hoyoso empedrado, un bonito coche que á legua se conocía no ser propio, no ya por el testimonio del número registramentario, pues no le tenía, ni por la traza del cochero, que no llevaba la azul librea generalmente usada por los de sitio, sino en resumidas cuentas, por la condición deplorable de las mulitas y el estado vetustoso de las guarniciones, indicios, irrefragables de la calidad del carruaje, y suficientes para explicar el por qué del suave, por no decir á las claras lento rodar del vehículo.

Pasó éste las calles de San Francisco, del Puente del mismo nombre, entróse en la Alameda misma, y paró allí, obediente seguramente á una de las instrucciones de antemano dadas, junto á la vereda que conduce á la fuente del centro, la fuente mayor en medio de la cual, arriba de un pedestal soberbio para la vista de los humildes, se ostenta la Libertad, orgullosa de haber suplantado á las mil y quinientas al León de las Castillas.

No se abrió inmediatamente la portezuela del coche, como era de esperar y como sucede todas las veces que algo muy notable no lo impide. Este descuido, esta extraña desatención del cochero, no provocó el pataleo á que en tales casos se recurre para recordar al cochero su deber. Y á fe que hubiera sido trabajo en balde, porque el cochero, no bien hubo parado el carruaje, brincó en tierra y fuese corriendo hacia un sujeto que muy arrebozado con su capa se mantenía en ademán de aguardarle, al lado de los asientos de la derecha que se ven á la entrada de la Alameda. Llegado el cochero á donde el desconocido se hallaba, escuchóle unas cuantas palabras, otorgó de cabeza, recibió y se embolsó unas pesetas con una mano y un papelito doblado con la otra, y veloz como un pajecillo vivaracho y despierto, volvió al coche, quitóse el sombrero y abrió con profundo respeto la portezuela.

Las personas que encajonadas iban en el coche, fuese por ignorancia de los usos de la tierra ó por la casual distracción que produjera en ellas el espectáculo de la "remesa," (1) no dieron muestras de impaciencia ó desagrado por la desatención del cochero; por el contrario, en lugar de ponerse en actitud de bajar del coche, hablaron unas cuantas palabras á aquel, el cual, sabiéndose al pescante, con algo que indicaba mala gana, echó de nuevo á andar, y á poco hizo alto á la puerta principal, la que mira á oriente, del pequeño pero precioso convento de San Diego.

Dos mujeres bajaron á su debido tiempo del coche.

Era la una, la de más edad por supuesto, la madre según las trazas, una señora que parecía tener unos cuarenta años de edad y que representaba no haber sido de malas bigoterías en sus lozanos días. La otra venía á ser una señorita de cosa de catorce años de edad, peripuesta y avispada, presumida y coquetuela como todas las muchachas de su edad (perdónesenos la expresión, pero ya se nos cayó de la pluma); por lo demás, en cuanto á su cara, hubiera pasado por decididamente fea, á no ser por el realce ó más bien por el atractivo que le daban y

(1) Conducción de los malhechores y gente perdida, de la cárcel llamada la "Diputación," donde se depositan, á la cárcel llamada la "Acordada," donde se encarcelan definitivamente.

que borraba todos los peros de su rostro, de su cuerpo y aun quizá de su alma, si es que tenía en ella algunos; á no ser por el atractivo, decimos, de un par de ojos negros, vivos, parleros y preciosos en suma como pocos.

Ambas mujeres, madre é hija á la cuenta, metiéronse en la iglesia.

Serían sobre poco más ó menos las ocho de la mañana.

Hacia una mañana serena, agradable; una de esas mañanas de primavera en que las flores con su fragancia, las aves con sus trinos, las aguas con sus murmurios, toda la creación en fin, atestigua la existencia de Dios, le ensalza y excita al alma á amar.

Concluída la misa, ya que los fieles parecían haber desocupado todos el templo, y que el puntual sacristán aguardaba repicando las llaves, á que salieran los más morosos, hicieronlo también las mujeres de que dejamos hablado.

Cualquiera que hubiera querido hacer en la ocasión el papel de observador, habría reparado que en uno de los ángulos del atrio estaba un hombre embozado en una capa.

Este hombre, como si aquellas dos mujeres ejercieran en él los dos opuestos efectos de atracción y repulsión, apenas percibió á las mujeres, ó mejor dicho su som-

bra, abalanzóse fuera del atrio, fuera del alcance de la vista de ellas.

El cochero registró con la vista por todos lados, encogió los hombros, aupó á las damas, colocóse en su puesto y guiando las mulas, tomó por el rumbo de San Cosme, hasta el afamado Tívoli, el jardín que sirve de punto de amable reunión á más de cuatro enamorados, diputados y ministros.

Ocioso nos parece agregar que también allí se encontró á poco el embozado, el cual, á una indicación harto inocente por cierto de parte del cochero á la más moza de las mujeres, logró ser visto, pero tan sólo de ésta, al tiempo de volverse ella y su compañera al coche.

II

Carolina Guzmán, una de las mujeres más bonitas de su tiempo, quedó viuda á los veinticinco años de su edad y diez de casada, sin haber tenido jamás, de su matrimonio, hijo alguno que le viviera.

A poco de haber envinado vióse visitar su casa á Teodoro Chambelán, mozo de buena traza, de malísimos procederes y de mucho dinero: esto duró muy poco tiempo.

No estará demás que sepa el lector que

Carolina tenía un hermano, mozo de muy desarregladas costumbres, de quien hacía muchos años que ninguna noticia tenía.

Anastasia desde sus muy tiernos años fué puesta á educar en un colegio de monjas, del cual acababa de salir, á los catorce años, para acompañar á la señora su mamá á México, á donde llevaban á ésta no podemos decir qué negocios misteriosos.

Plantar en México á una muchacha criada en una recusión, viene á ser poco más ó menos lo mismo que soltar á una oveja en una lobera.

III

Anastasia, en cuanto hubo acabado el paseo matutino, se retiró á su cuarto. Al desvestirse, cayó de su seno un papelito enrollado, que ella azogadamente recogió al punto.

Desarrollóle temblándole las manos, encendido el rostro, anudada la garganta, seco el paladar.

Era un billete amatorio, billete amatorio de un hombre que no había visto más que dos veces; la una en la casa de diligencias, la víspera, y la otra por S. Cosme, aquel propio día del paseo. Sin embargo, él decía que desde que la había visto se había prendado ciegamente, loca-

mente, frenéticamente de su peregrina y sin par hermosura y de sus extraordinarias virtudes.

El caso era para reírse.

Pero Anastasia que maldito cuidado le daba que fuera exageración galante lo del ciego, loco y frenético amor, así como lo del súbito enamoramiento, echó esto á otra parte y estúvose con alma, vida y corazón á lo que más deleitaba su amor propio, á saber. . . . ¿pero á qué decirlo, puesto que todos comprenden lo que es?

En resumidas cuentas, no llevó á mal Anastasia que la paladearan con su hermosura, ni pensó en ver con mala cara á quien hacia llegar á sus narices el suave humillo de ese género de incienso que todos conocen con el nombre de Lisonja.

IV

Al pie, en la acera de la Universidad, tienen sus despachos los "evangelistas."

Los que conocen á México saben muy bien lo que son "evangelistas;" pero en obsequio de los que no teniendo de México sino noticias más ó menos falsas, se sorprenderían creyendo que nosotros intentamos dar á estas horas por vivos á los respetables discípulos del MAESTRO y escritores de su vida, juzgamos convenien-

te, decir que los "evangelistas" son unos hombres pobres, hez de la literatura, escritores del infimo pueblo y para el infimo pueblo, redactores de epistolas amatorias, y directores, de paso, de las tramollas de este género que ocurren entre domésticos y verduleras, bodegoneras y cargadores.

Un pie derecho con un petate extendido en el extremo superior, á semejanza del famoso quitasol de Robinson, forma á la vez su casa y su techo, debajo del cual están ellos desde por la mañana hasta la noche, sentados en un banquillo y delante de una mesita en que apenas caben un tintero, una salvadera y un rollo de papel en armonía con los demás arneses; están ellos, decimos, aguardando ocupación.

Junto á un evangelista, al rededor del cual había mucha gente agrupada, á los pocos días de lo que llevamos relatado, veíase á un aguador sentado en cuclillas y con la vista clavada en el papel de cartas, de color azul, en que el evangelista estaba escribiendo, esto es, redactando lo que le dijera el aguador.

El caso es que Anastasia no sabía escribir.

Y no sabiendo la pobrecilla escribir y teniendo necesidad, necesidad tan imperiosa como la que más, relativamente hablando, de escribir y contestar á una car-

ta amatoria, preciso le fué pedir auxilio á la costurera de su casa, la cual, no sabiendo tampoco escribir, se valió de su marido, aguador el más honrado de la cofradía aguadora, el que estando también á oscuras en punto á conocimientos caligráficos, hubo de recurrir á su compadre don Gumersindo Mendoza, evangelista discreto y nada adocenado, como lo probaba la crecida concurrencia de marchantes que tenía diariamente.

Las cosas estaban muy adelantadas y sobre todo muy empeñadas.

La correspondencia entre Anastasia y su amante había llegado á tomar una actividad extraordinaria.

Anastasia, sin embargo, tuvo una vez uno de aquellos inevitables é irreparables descuidos que despiertan la adormecida atención de las madres, poniéndoles en las manos, por medio de un papel escrito, el hilo del negocio.

La señora mamá, que había leído en letras de molde que una madre debe conducirse con su hija de manera que su hija no tenga empacho en confiarle todos sus amoríos, lo cual, había ella leído, es cosa sumamente fácil de lograr; la señora ma-

má, pues, tanteó á su hija sin provecho, y puso por obra sin provecho también todo lo que aconsejan las letras de molde y la razón propia, como más eficaz para convertir á una madre en una confidente de su hija y á una hija en una simple amiga, ¡como quien no dice nada! de su señora mamá.

No es obra fácil, á nuestro entender por lo menos, trastornar el orden de las cosas, subvertir los afectos, cambiar arbitrariamente el carácter de los sentimientos humanos.

El caso es que Anastasia no solamente calló todo á la señora su mamá, sino que luego que se presumiera que su señora mamá había trascendido lo que ella traía entre manos, se recató más y más de aquella de tal suerte y tan bien, que nada logró la mamá volver á descubrir.

Y el caso es también que de simple efecto de amor propio engraido el sentimiento de Anastasia había llegado á tomar los tamaños de una pasión en toda forma.

VI

Hacia una noche horrenda.

Espesas nubes entoldaban el cielo, corría un airecillo tan penetrante y frío, que los guardas nocturnos, acurrucados en las

puertas de los zaguanes y aborujados en sus capotes, dejaban el campo, es decir, las calles á merced de los ladrones que, dicho sea de paso, no escasean en la capital del emporio mexicano.

No eran más que las diez. La calle Zuleta estaba sola.

Pero á poco, descúbrese un bulto que deslizándose cautelosamente, á semejanza del genio del mal, se zampa en una casa cuya puerta se abre á un ligero impulso de su mano, y en la que una hora antes había entrado un hombre de harta mala traza.

¿Qué va á suceder?

¿Qué intenciones llevan á aquel fantasma á aquella casa?

VII

—Hable usted quedo, hable usted pronto por el amor de Dios, decía una joven á un hombre de unos cuarenta y tantos años, en cuyo rostro, por más que disimulara, se leía una infame intención.

—Sí, vida mía; no tengas miedo, no tiembles tanto....

Y diciendo así, tomóle una de las manos que sintió helada.

—¡Teodoro! exclama de repente una mujer que se presenta en la escena, con li-

vido semblante, relampagueándole los ojos y temblando de ira.

Teodoro se queda estupefacto, como herido de la mano de Dios, con fuerza apenas para pronunciar entre dientes:

—¡Carolina!

—¡Conózcame usted, ¡inf... caballero! agrega la dama con voz convulsa, y sépase usted, ¡infame! que esta es hija de vd.

Vuelve la vista Teodoro al percibir un extraño jadeo, y ve cerca de sí á un hombre con un puñal levantado, un hombre que algunas veces viera con los atavíos de evangelista.

—¡Ese es mi hermano! dice Carolina reparando el ademán de Teodoro con la presencia del extraño, cuyo brazo contiene ella...

No creemos pecar de exageración si afirmamos que no fué el pavor de Teodoro menos grande que el que se apoderó del rey Baltasar á la vista de la fatal sentencia escrita con letras de fuego y por mano del Señor, en los muros de su magnífico palacio.

VIII

En efecto, el evangelista era hermano de Carolina. Su mala cabeza le había llevado á mantenerse con la industria de evange-

lista. En calidad de astuto director de las tramas amorosas, había sabido imponerse en la de Anastasia por medio de las revelaciones del aguador, quien por la costurera, confidente de Anastasia, estaba al tanto de todo, y en la noche de la cita, habiéndose dado á conocer á Carolina, la había puesto al corriente de lo que pasaba.

Teodoro creía como tantos otros miserables, haber impunemente abusado de una infeliz viuda; pero plugo á Dios disponer de otra manera las cosas.

A poco tiempo Carolina se desposó con Teodoro.

Anastasia pasó á vivir con una tía, de cuya casa salió al año, para casarse.

